

## ¿QUÉ DEBE ENTENDERSE POR "CONNOTACIÓN"?

En su uso propiamente internacional, *connotación* es un término de la lógica cuyo valor parece variar según los autores.<sup>1</sup> Se le relaciona a menudo con *compreensión* y, como en este último, el sufijo con- o com- implica la constitución de un conjunto y no la adición de algún elemento suplementario.

Entre los lingüistas y, por extensión, en el lenguaje de los pensadores, se ha extendido un empleo del término que parece atestiguado, en inglés, desde el siglo XVII, según el cual connotación designa un valor semántico adicional que se añade al sentido básico, designado éste como *denotación*. Aduzco algunas ilustraciones de un buen diccionario norteamericano, el *Thorndike Century Senior Dictionary*:<sup>2</sup> los adjetivos del inglés *portly*, *corpulent*, *obese* tienen todos el sentido de "gordo" refiriéndose a una persona; pero *portly* connota la dignidad; *corpulent*, la masa; *obese*, un lamentable exceso. La palabra *home* denota el lugar donde uno vive, pero a esta denotación se añaden múltiples connotaciones, como el descanso y la seguridad.

Probablemente fue Leonard Bloomfield quien, por el tratamiento que dio a la connotación en su libro *Language*,<sup>3</sup> impuso este valor a dicho término en la lingüística contemporánea. Pero fue, sobre todo, Louis Hjelmslev quien en el ámbito europeo dio relevancia a la connotación. Las circunstancias que lo llevaron a hacerlo merecen, tal vez, ser recordadas.

El estudio de las primeras publicaciones del Círculo lingüístico de Praga, emprendido por Hjelmslev en el marco de una comisión escogida por el Círculo lingüístico de Copenhague, lo llevó, por reacción, a desarrollar en el curso de los años 30 y 40 su teoría lingüística conocida con el nombre de glosemática. Una lectura resueltamente antisustancialista del

<sup>1</sup> Cf. Jean Molino, "La connotación", en *La linguistique* 7, 1971, pp. 5-30.

<sup>2</sup> E. L. Thorndike, Chicago, 1941.

<sup>3</sup> Nueva York, 1933, pp. 151-157.

*Curso* de Saussure lo condujo a tomar, frente a las enseñanzas de Trubetzkoy, una posición decididamente negativa. Su tratamiento de las connotaciones se presenta como un esfuerzo por alejar, presentándola bajo otros términos y ahogándola en un marco más amplio, la enseñanza de Viena y de Praga en lo referente a las variantes y a lo que Trubetzkoy designa como la fonoesilística (*Lautstylistik*).<sup>4</sup> En Francia, la enseñanza de Hjelmslev relativa a las semióticas connotativas inspiró a Rolando Barthes en su intento por descubrir las ideologías latentes en los usos lingüísticos.

En el empleo contemporáneo más corriente, la connotación recubre el conjunto de lo que durante largo tiempo se ha designado, de manera bastante vaga, como los valores expresivos de los elementos lingüísticos. Es así como Bloomfield utiliza el término y es eso lo que se percibe detrás de las presentaciones abstractas de Hjelmslev. Pero uno y otro extienden el valor del término a todo lo que el discurso manifiesta de la identidad y la personalidad de los interlocutores, de sus mutuas relaciones y de las diversas condiciones del intercambio lingüístico, más allá de lo que aporta el mensaje propiamente dicho. Serían, pues, rasgos connotativos todo aquello que marca la clase social, el origen geográfico, el nivel de cultura o de incultura, ya sea que reflejen la realidad o el desco del hablante de pasar por lo que no es.

Puede uno legítimamente preguntarse si, para la investigación lingüística o semiológica, es útil agrupar bajo un mismo rubro hechos tan dispares. Es verdad que hablar, como lo hace Hjelmslev, de un cierto número de semióticas connotativas representa, sobre este punto, un progreso con relación a la enumeración poco estructurada que nos ofrece Bloomfield.

Pero, desde el punto de vista del lingüista, determinante cuando se trata de fenómenos que sólo él está habilitado para identificar correctamente, es ciertamente preferible clasificar todos estos hechos según una escala jerárquica, que se inspire en la que estableció Trubetzkoy<sup>5</sup> exclusivamente para los

<sup>4</sup> *Principes de phonologie*, París, 1949, pp. 16-29.

<sup>5</sup> *Ibid.*

rasgos fónicos basándose directamente en los trabajos de Karl Bühler.

A la cabeza de la escala figuran las unidades discretas o, si se quiere, las invariantes de la lengua. Inmediatamente después vienen, entre todos los rasgos del discurso reveladores de algo, los que son propios de una lengua determinada, de un grupo de lenguas o de un dialecto.

Entre ellos se distinguirá con utilidad los que están a disposición del hablante para matizar su enunciado, y los que le son impuestos por costumbres adquiridas: sirva de ejemplo, en el francés actual, la *r* vibrante articulada con la punta de la lengua; utilizada a voluntad en el teatro, por el cantante de ópera o por el cómico que imita las costumbres rurales, pertenece al primer tipo; utilizada por el campesino incapaz de pronunciar la *r* gutural, pertenece al segundo caso.

Invariantes y variantes reunidas se oponen a todos los rasgos del discurso que no caracterizan un idioma particular, pero que están condicionados por la naturaleza del ser humano, en su realidad psicológica o en tanto que animal social. La competencia del lingüista no se extiende evidentemente a estos últimos rasgos más que para caracterizarlos negativamente como no pertenecientes a su dominio. Que las distinciones aquí sugeridas no sean fáciles de hacer en la práctica, no quiere decir que se debe renunciar a establecerlas.

Disponemos, tradicionalmente, para designar el tratamiento de las variantes libremente escogidas, del término de estilística, que es tan bueno como cualquier otro. Queda por encontrar un término para el examen de los rasgos propios de un idioma que se imponen al individuo en el periodo de su aprendizaje y que permitirán a los oyentes situarlo en el espacio social o geográfico.

Si nos rehusamos, entonces, a caracterizar como connotativos todos los rasgos del discurso que no se integran a las invariantes de la lengua, el término connotación queda disponible para designar otra cosa. Se trata de rasgos que en verdad interesan directamente al lingüista porque participan en cierto sentido de la significación de las unidades lingüísticas, pero que, hablando estrictamente, no forman parte de la lengua, concebida ésta como un sistema de convenciones comunes

a todos los miembros de la comunidad.

Se trata de todo lo que evoca en un individuo determinado tal o cual signo de la lengua, más allá de los valores que todos los usuarios de la lengua concuerden en atribuirle.<sup>6</sup> La existencia de connotaciones, así definidas, se impone a nuestra atención desde el momento en que tratamos de representarnos mentalmente lo que evoca en nosotros este o aquel término, castillo, por ejemplo. Está claro que podría corresponder a la visión de un modesto caserón de ladrillo, de un edificio medieval en la cumbre de un pico, de la residencia de los reyes de Francia en Chambord, o de otra cosa, hasta el infinito, según la experiencia que hayamos tenido en la materia. Lo que todos los francófonos tienen en común con relación al valor de ese término se resumirá, sin duda, diciendo que se trata de un edificio de mayores dimensiones que una casa y de menor magnificencia que un palacio. Es este mínimo común lo que recibe el nombre de denotación.

Es preciso cuidarse sobre todo del error que consiste en identificar la denotación con un tipo de objeto. Un mismo objeto puede ser designado en francés como *voiture* (coche), *bagnole* (carro) o *tire* (nave). En la línea de Bloomfield y de Hjelmslev, se diría que *voiture* no connota nada, que *bagnole* connota el uso familiar y *tire* el uso argótico. En el marco terminológico aquí propuesto, tenemos que enfrentarnos a tres denotaciones perfectamente distintas. Todos los usuarios de la lengua coincidirán en declarar que estos términos no son intercambiables, y los diccionarios asignan a cada uno un nivel de lengua diferente. Las connotaciones no tienen nada que ver con esto.

Como lo dice Bloomfield de manera excelente,<sup>7</sup> "el sentido de una forma para cualquier hablante no es más que el resultado de las situaciones en las que ha escuchado esta forma". Esto implica, claro está, que si las situaciones han sido distintas para dos interlocutores distintos, los sentidos serán divergentes. El hecho está bien comprobado: para un fran-

<sup>6</sup> Cf. André Martinet, c. r. de Sandmann, *Subject and Predicate*, en B. S. L. 54, 1959, pp. 42-43; y "Connotations, poésie et culture", en *To honor Roman Jakobson*, t. II, p. 1290.

<sup>7</sup> *Ibid.*

cés, *poêlon* (cazuela) designa un recipiente de barro de poca altura; para otro, designaría un recipiente de metal que el primer hablante llamaría caserola. Para la mayor parte de las palabras, sin embargo, el sentido que resulta de las situaciones será precisado por los contextos lingüísticos en los que se encuentre la palabra. No se está realmente seguro de no enfrentarse a la incomprensión más que cuando se emplea un término de conformidad con sus contextos. Es así como se aprehende su denotación.

Pero sucede que, frente a contextos lingüísticos que son los mismos en una comunidad dada y que establecen la denotación, existen situaciones tan variadas como las circunstancias de la vida que, según de quien se trate, pueden dar a cada término una aureola diferente. Esto vale, en particular, para las primeras situaciones en las que la palabra ha sido percibida, aquellas en las que pudimos dudar en aplicarlas al todo o a una parte de lo que se presentaba a nuestros sentidos: de muy niño, cuando identifiqué por primera vez el significante *caballo* al entrar en una cuadra, pude dudar un instante de la identidad del referente; en todo caso, para mí, caballo quedará para siempre asociado con el especial olor de la paja, con la oscuridad parcial de los cajones, con la voz ruda del palafrenero. Naturalmente, éste no hubiera sido el caso si mi primer encuentro con este animal hubiese tenido lugar en una vasta pradera, limitada en el horizonte por una cortina de álamos. Son estas distintas impresiones las que están en el origen de las connotaciones que desde entonces tendrá para mí la palabra caballo. No hay duda que después escucharé esa palabra en contextos que tenderán a delinear mejor el concepto correspondiente. Al utilizarlo en contextos análogos, estaré seguro de hacerme entender por quienes hacen lo mismo, sean las connotaciones que ese término evoque en ellos y en mí. Puede, entonces, decirse que las connotaciones corresponden a menudo a lo que, en la primera percepción del signo, no ha sido confirmado en los empleos cotidianos del lenguaje, como aceptado por la comunidad.

Se comprueba así, que frente al singular *denotación* aparece el plural *connotaciones*: en efecto, para un término dado —puesta aparte la polisemia— hay una denotación única, pero

al menos tantas connotaciones como sujetos hablantes y, para un mismo sujeto, hay connotaciones que pueden variar según las circunstancias.

Puede uno ciertamente preguntarse si las connotaciones así definidas pertenecen más al campo de la lingüística que al de los fantasmas que nos merodean. ¿No interesarían más bien al psicoanálisis? Los psicólogos, en todo caso, no se han desinteresado totalmente de este problema. Como sólo hay ciencia de lo general, se ha intentado formalizar el problema reduciendo las connotaciones a algunos rasgos generales aislados por oposición, como *bueno* frente a *malo*, *fuerte* frente a *débil*, etc. Resultaron de ahí las escalas de Osgood que establecen distintos grados de lo positivo o lo negativo. La utilización de esas escalas tuvo la ventaja, en lo que nos concierne, de confirmar la existencia de lo que hemos designado como connotaciones, mostrando reacciones diferentes ante una palabra como *padre*, por parte de los sujetos que unánimemente están de acuerdo en su denotación de progenitor masculino. Pero no nos enseña mucho más que no hayamos imaginado: hay quienes aman a su padre, más o menos, y otros que lo odian, igualmente más o menos. No hay duda que otros datos pueden permitirnos calificar un poco este afecto y esta separación. Pero, en este dominio, definido precisamente por el carácter individual de las reacciones, la reducción a dimensiones discretas que intentan estas escalas puede parecer inadecuada.

Por otra parte, si las connotaciones deben quedar permanentemente enterradas en lo más profundo de un individuo, sin ninguna ocasión de manifestarse, y terminar por desaparecer junto con él, se comprende que hayan atraído muy poco la atención de los investigadores. Se podrá especular, en el mejor de los casos, acerca de su origen en un marco estrictamente introspectivo: ¿cómo es que una palabra dada suscita en mí tal emoción, tales evocaciones? ¿En qué circunstancias he podido establecer relaciones particulares entre rasgos que, por lo común, no se relacionan entre sí?

Para una lingüista o un semiólogo, a quienes interesa prioritariamente la transferencia de información, las connotaciones parecen particularmente dignas de interés en la medida en

que pueden transmitirse de un individuo a otro. El examen del procedimiento de esta transmisión justifica que se mencionen las connotaciones en este coloquio consagrado a la poética.

Destaquemos en primerísimo lugar que la presencia de connotaciones idénticas en individuos diferentes puede explicarse lo más fácilmente del mundo al descubrir que todos ellos comparten una misma experiencia: todos los testigos de un cataclismo pueden quedar marcados para toda la vida por el choque que padecieron y por el término que designa ese cataclismo; erupción volcánica, temblor de tierra, terremoto, que pueden determinar en todos ellos un cierto retroceso, matizado sin duda por el temperamento de cada uno, pero radicalmente análogo.

También se dan reacciones íntimas ante ciertos términos, generalmente identificados por la comunidad que, aunque no sean compartidos unánimemente, son transmitidos por la vía lingüística normal. Sirven de ejemplo las reacciones frente al número trece en las comunidades occidentales: éstas recuerdan las connotaciones en el sentido que, si todo el mundo conoce su existencia, son propias de algunos miembros de la comunidad. Nótese que no aparecen bajo el rubro *trece* en el diccionario, como sí ocurre con los valores "familiar", "argótico", y otros. Se duda sin embargo en colocarlas entre las connotaciones porque, como sucede con otras diversas creencias, pueden presentarse y discutirse en términos lingüísticos ordinarios. Se puede decir: *el número trece trae mala suerte*, tal como se dice *Jesús es el hijo de Dios*. Es preciso distinguir aquí entre las creencias en el carácter maléfico del número, que se funda sobre los "se dice", y las reacciones particularmente violentas ante ese número, propias de una persona cuyas experiencias sobre este tema lo han condicionado. Se distinguirá igualmente entre una creencia serena en la divinidad de Jesús y los éxtasis místicos de Teresa de Ávila.

Un caso extremo es el de la identificación que se establece generalmente en China —¿será necesario decir "en chino"?— entre los puntos cardinales y los colores; se asocia, por ejemplo, el sur con el rojo. Habría en este caso una extensión hacia toda la comunidad de connotaciones que pudieron ser en

su inicio exclusivas de algunos autores. No puede dudarse que se deban clasificar entre las connotaciones las distintas maneras en que cada individuo se representa algunas abstracciones. Si se me permitiera hacer una referencia a mis propias reacciones, diría que el año, para mí, se presenta bajo la forma de eclipse, cuyos focos se sitúan sobre el eje horizontal, el verano arriba, el invierno abajo, el otoño a la izquierda y la primavera a la derecha; la parte que se sitúa a la izquierda de la recta que une el fin de agosto con el principio de enero está en la sombra. Que algunos rasgos de esta construcción connotativa encuentren en los hechos observables un principio de justificación (curva sin fin, sombras del otoño que las nieves del invierno tienden a borrar), no impiden que me sea particular, como he podido verificar a través de encuestas. El sur rojo de los chinos también escapa parcialmente a la arbitrariedad, pero no por ello deja de conservar el carácter de una *connotación generalizada*.

En el mismo orden de ideas, recordemos las vocales coloreadas de Rimbaud, de las que se ha dicho que, sin lugar a dudas, reflejan en gran parte los colores que tenía cada letra en su propia cartilla o abecedario. Pero eso poco importa mientras existan bastantes abecedarios para que cada niño pueda fundar su propia sinestesia sobre experiencias variadas. También en esto las encuestas han revelado construcciones connotativas muy diversas, si no de constancias, al menos de frecuencia (*i* roja o amarilla), que pueden sugerir la existencia de relaciones no del todo arbitrarias.

Una vez establecido que las connotaciones son las reacciones individuales, íntimas y a veces inconscientes ante los signos lingüísticos, se puede esperar que desempeñen un papel en la actividad poética si se admite que lo que diferencia al poeta de otros usuarios de la lengua es que el primero trata de comunicar lo inefable por medio del discurso.

Es preciso, sin embargo, recordar desde el inicio que no hay un acuerdo común sobre lo que es específico del arte poético. Después de haber distinguido durante mucho tiempo la poesía *tout court* de la poesía pura, ampliamente caracterizada la primera por una forma métrica, y la segunda como independiente de esta forma, se ha terminado por utilizar el



término de poesía, especialmente en Francia, con referencia a lo que en ciertos discursos, por razones misteriosas, suscita una emoción de una cualidad y una intensidad particulares.

Una reacción que parte de los formalistas rusos ha restablecido recientemente el valor de los rasgos formales; sin embargo, no ha dado una respuesta precisa a la pregunta: ¿cuáles son las relaciones de causa a efecto entre los rasgos formales escogidos en el texto y la emoción poética específica?

De hecho, cada uno se inclina por permanecer en sus posiciones, tanto los formalistas a quienes interesa la forma en sí, como los estetas, que sospechan que su emoción se desvanecerá si se descubre su origen. Pero está claro que no se podrá incrementar el conocimiento a menos que se llegue a disociar la emoción misma, cuando se trata simplemente de sentirla, del examen de su condicionamiento por parte del investigador que, por un tiempo, debe tomar distancia frente al simple aficionado, que podrá ser él mismo en determinados momentos.

Sin tomar posición en favor o en contra de las tesis formalistas, puede quedar establecido como un avance que el poeta llega a transmitir su mensaje por medio del lenguaje dirigiéndolo no al juicio, sino a la sensibilidad de su auditorio, y que este mensaje va a suscitar una emoción en el receptor que se revelará a sí mismo, al despertar en él lo que estaba adormilado o, más superficialmente, enriqueciendo su universo íntimo.

Toda persona que utiliza el lenguaje intenta comunicar sus experiencias, y el poeta no es una excepción. Pero la experiencia del poeta se evade de lo cotidiano, tiene una intensidad particular y una calidad única, y no se ve cómo podrían transportarla las palabras del lenguaje corriente. Con su valor permanente, esas palabras son la culminación de una articulación de la experiencia que trata —incluso al precio de un empobrecimiento— de asegurar una comunicación económica entre todos los miembros del grupo. Ciertamente el poeta no puede hacer nada sin las palabras de la lengua: haga lo que haga, su mensaje deberá finalmente presentarse como una sucesión de estos elementos de análisis. Pero estas palabras no lo traicionarán por cuanto que implican para él una carga

connotativa considerable, y su arte va a consistir en ordenar esos elementos de uso general de manera que las connotaciones que para él se adhieren a este o aquel término puedan ser percibidas por el receptor.

Para comprender cómo el orden de las palabras en el discurso poético puede suscitar la emoción, es necesario recordar que el lenguaje humano es articulado y que es esto lo que lo distingue fundamentalmente de los medios de comunicación que utilizan los animales. Recordemos que el lenguaje está doblemente articulado en unidades significativas, los monemas, que asimilamos aquí, para simplificar, a las palabras, y en unidades distintivas, los fonemas. Pero sólo la primera articulación en monemas retiene ahora nuestra atención.

Probablemente en esta primera articulación se encuentra el secreto del dominio que el hombre ejerce sobre el mundo. Un animal puede disponer de un arsenal de gritos diversos, cada uno correspondiente a una situación particular. Se trata, pues, de signos en el sentido lingüístico del término, con un significante y un significado y, al menos en algunas especies, productos ampliamente culturales, es decir, adquiridos por imitación. Si, por ejemplo, se presenta algún peligro, el animal podrá advertir a sus congéneres de su existencia por medio de un grito determinado; también podrá advertir sobre la naturaleza de ese peligro, con la condición, obviamente, de que ese tipo de peligro corresponda a un grito específico en el sistema semiológico del grupo. Pero si se dibuja en el horizonte alguna amenaza insólita que reclamara, por parte de los seres amenazados, un tipo de defensa particular o el recurso a una cierta forma de protección, el animal, en tanto que nosotros sepamos, estará bastante desprovisto. Podrá, en el mejor de los casos, aumentar el volumen de su grito o repetirlo en varias ocasiones. El hombre en circunstancias análogas, sabrá matizar su "grito" y acompañarlo de otro con la esperanza de que el receptor del mensaje pueda realizar la síntesis, es decir, adaptar el valor de cada "grito" al del otro. Por "grito", cuando se trata del hombre, queremos decir monema, es decir, unidad mínima de sentido. Por la adaptación del valor de un grito al del otro grito, pensamos en lo que su-

cede, por ejemplo, cuando hablamos de un "pequeño elefante"; a escala humana, un elefante jamás es pequeño, pero todos sabemos lo que este término implica cuando se añade a elefante. De la misma manera, si "blanco" designa el color de la nieve, el vino jamás es "blanco", pero todos sabemos lo que es un vino blanco.

La articulación es un rasgo tan fundamental del lenguaje humano que, en muchas lenguas no se admite un enunciado de un solo monema: para que una emisión vocal sea identificada como mensaje se precisan al menos dos monemas, un elemento central conocido tradicionalmente como predicado, y otro que pueda ser un sujeto; *Juan*, en *Juan duerme*, o un presentativo como *he aquí* en *he aquí a Juan*. Esto es lo que se designa como la actualización. En tanto que coerción, la actualización desempeña en la comunicación lingüística un papel marginal. Pero la articulación, de la cual es signo, es la clave de la utilización poética del lenguaje cuando se explotan todos sus recursos.

En el uso cotidiano del lenguaje casi no se hace otra cosa que repetir enunciados totalmente estereotipados, sin salirse demasiado del surco, más que cuando decimos *compré groseras* en lugar de decir *compré manzanas*. Puestos ante lo inesperado o lo excepcional, nos quedamos mudos; las palabras nos faltan, como suele decirse, para expresar nuestros sentimientos o nuestra emoción. En este punto el poeta puede atreverse a formular nuevas combinaciones de monemas que exigirán del receptor un esfuerzo mayor para adaptar cada monema a su nuevo contexto. El receptor consentirá con agrado en hacer ese esfuerzo si logra sacarlo de su rutina y actualizar en él potencialidades, revelarle en sí mismo profundidades insospechadas, establecer una comunión con el poeta y todos sus lectores y oyentes eventuales. Este esfuerzo será menor por parte de un lector cultivado, quien identificará, de paso, combinaciones ya leídas, no sin placer desde luego, pero con desinterés creciente y con un cansancio que pronto lo llevará a buscar en otra parte lo inesperado. El poeta buscará entregar al lector precisamente lo inesperado, refinándolo hasta el hermetismo.

Afirmar, como suele decirse, que el poeta procede por usos metafóricos es condenarse a no percibir la dinámica de la operación y sus implicaciones en el establecimiento de la comunicación poética. El poeta que hable de *verdes amores* no utiliza *verdes* como una metáfora: el verde es para él una connotación que se une a los amores en cuestión, porque no puede disociarlos del jardín o del parque que han constituido su marco.

Puede destacarse con justa razón que aquí verdes no es para el poeta, según todas las probabilidades, una connotación permanente del signo amores. Puede pensarse que el poeta conoció otros amores a los que no aplicaría el epíteto verdes. Claro que el poeta es la última persona a quien se podría reclamar una constancia en sus relaciones léxicas y en sus connotaciones. Entre muchos de nosotros, la capacidad de vibrar al unísono con el mundo se debilita al pasar de la infancia. Soy, por mi parte, bastante fiel a mis connotaciones infantiles y poco susceptible de dejarme llevar a adoptar las que me sugiere un poeta si ellas no se insertan en las mías. Pero en el poeta la sensibilidad es menos plana y es de quien puede esperarse que renueve incesantemente su mundo afectivo. Y sin embargo, es evidente, al leer ciertas obras que muchos poetas, entre los más famosos, se mueven dentro de un universo que es el de las connotaciones permanentes que se adhieren a ciertos términos.

Contra la tesis según la cual el poeta, por medio del establecimiento de contextos inesperados, llega a comunicar lo inefable y especialmente las connotaciones, se podría destacar el hecho de que hay elementos de léxico que, por sí mismos, son susceptibles de provocar la emoción poética. En este sentido, se piensa inmediatamente en términos que son casi exclusivos de la poesía, como en francés *l'onde*, *la grève* (en el sentido de playa), *le couchant*, por el oeste. Entre ellos hay, desde luego, aquellos cuyo abuso de términos como *l'onde* ha hecho finalmente amortiguar su capacidad de impacto. Otros, como *grève* o *le couchant*, que todo buen francés, de cultura incluso modesta, encuentra cien veces en sus lecturas poéticas, conservan aún más las connotaciones que sin duda sugerían los textos donde cada uno los encontró.

Por mi parte, la *grève* se me presenta como la noche cerrada, con agua de movimientos muy lentos que llega apenas a tocar los guijarros; *le couchant* está acompañado necesariamente por nubes rojas y retamas amarillas. No obstante, no se excluye que pueda establecerse para tales términos un cierto consenso connotativo en tanto que, dentro de una comunidad dada, se leen los mismos poemas.

Más allá de este vocabulario especial están las designaciones de objetos o de costumbres exóticas, mal conocidos generalmente por falta de contacto directo y de contextos informativos, cuya denotación es así imprecisa y que no existen más que por las connotaciones derivadas de lecturas o de imágenes.

El poeta puede, pues, en ciertos casos, llegar a sus objetivos por medio del empleo de ciertas palabras sin recurrir a un contexto. Los términos llamados poéticos se identifican como tales desde el principio y nada puede frenar su interpretación connotativa. Los términos exóticos que también pueden aparecer en cualquier parte y especialmente en los tratados de etnografía, reclaman del contexto la indicación de que uno puede fantasear sobre ellos. Pero este contexto no tiene ninguna necesidad de ser inmediato; basta con que el metro, la rima, algunos rasgos de sintaxis o de léxico inesperados adviertan que uno se encuentra en la poesía, en donde las connotaciones pueden y deben afirmarse.

Hemos visto que la articulación lingüística de la experiencia, por la posibilidad de tratar de expresar lo inefable, debe ser tomada en cuenta cuando se busca comprender la naturaleza del mensaje poético. Pero eso no debería hacernos creer que el análisis de los datos de lo percibido que condiciona desemboca directamente en ese mensaje.

Al contrario, se ha podido defender con talento la tesis bastante seductora <sup>8</sup> de que el objetivo del poema consiste en restituir la unidad, la totalidad de la experiencia. Puesto que emplea precisamente el lenguaje, en la forma lineal que debe asumir en el mensaje, el poeta no puede evitar presentar sus palabras en una secuencia. Pero, mientras que en prosa el

<sup>8</sup> Cf. Jean Cohen, *Le haut langage. Théorie de la poéticité*, París, 1979.

epíteto viene a dar al sustantivo vecino una determinación suplementaria, a veces, en poesía será del tipo llamado "homérico". En otras palabras, no aparece como una adición indispensable para identificar lo que se dice, sino como un recuerdo de una característica bien conocida del objeto en cuestión. El epíteto connotativo *verdes* de nuestro ejemplo precedente, no busca de ninguna manera oponer *verdes amores* a otros amores, coloreados de manera distinta. Es simplemente como toque suplementario que habrá alcanzado su finalidad si no es percibido como tal, sino como una contribución para restaurar la unidad de lo que ha sido sentido por el poeta como experiencia única.

He terminado lo que quería decir aquí acerca del papel de la connotación en el establecimiento del mensaje poético. Señalaré, sin embargo, que la connotación así concebida desempeña un papel de gran envergadura en la aparición y desarrollo de las ideologías. Y es en este punto donde me encuentro probablemente con Roland Barthes, aunque él haya enfocado el problema de una manera totalmente diferente. En esta materia se trata, es obvio, de una forma de connotaciones generalizadas. Son evidentemente connotaciones en el sentido de que no afectan más que a una parte de la comunidad lingüística y que están en el punto de arranque de toda clase de incomprensiones entre los miembros de una misma comunidad. Tienen, además, un carácter individual en tanto que su generalización es parte de la comunidad, que se manifiesta por comportamientos análogos, pero ello no impide de ninguna manera que tengan en cada sujeto, al lado de elementos comunes, una naturaleza particular coloreada por el temperamento y los antecedentes de cada uno.

Dos ejemplos solamente: en 1968, durante los "acontecimientos", en una discusión encendí la cólera de mis interlocutores estudiantes cuando hablé de *bourse* (beca), palabra que tenía para ellos una connotación abiertamente detestable. Estábamos de acuerdo con respecto a los hechos, pero debí haber dicho "salario estudiantil". Hace dos años, en un coloquio hablé de *dons* (dones) con referencia a la manera en que diferentes personas aprenden las lenguas. Hubo protestas vehementes. Debería haber dicho "potencial genético".

Permítanme, para terminar, expresar mi confianza en que los investigadores en ciencias humanas ya no duden más --cuando están delante de un nuevo auditorio-- en redefinir con precisión los términos que van a utilizar. Creo que el progreso de nuestras disciplinas tiene que pagar ese precio.

ANDRÉ MARTINET

Universidad de París